

hemos venido al Piriac para andarnos en pelillos? Descubrir las espaldas en el baile ó las piernas en la pesca, viene á ser una misma cosa, y, además: ¡Honni soit qui mal y pense! ¡ea! ¡yo misma daré el ejemplo!

—Y nosotras lo seguimos, replicaron varias muchachas.

—Por mi parte, señoras, diga la *capitana* de carabineros con cierto tonillo, no creo deber imitaros; mi marido encontraría algo que decir; ya os esperaré.

—Como gustéis, querida, replicó la señora Desvignes quien, refugiada ya en una gruta con la mayor parte de sus compañeras, y al abrigo de las miradas masculinas, hacia una *toilette* de circunstancias.

—Por fuerza la *capitana* tiene algun defecto oculto, dijo Clozel á Desvignes.

—Siempre me lo he figurado.

—¿Por qué habeis invitado á tan insufrible criatura?

—Es que no la hemos invitado; se nos ha impuesto.

—¡Si la ahogáramos!

—En eso pensaba, dijo Desvignes distraido.

—¿Qué es eso, Diana? exclamó de repente la señora Desvignes, reuniéndose á su marido ¿qué? ¿no os decidís á imitarlos?

—¿En qué? preguntó la señorita Berard, quien encarnizada en la persecucion de un cangrejo recalcitrante, no estaba al corriente de la situacion.

—Mirad, dijo la señora Desvignes, mostrándole su improvisada *toilette*.

—Escelente idea, exclamó Diana; dentro de un momento me tendreis hecha á vuestra imágen.

—¡Pardiez! murmuró la *capitana* de carabineros; desde el momento en que se trata de una nueva exhibicion de su persona, segura estaba yo de que no vacilaria.

Fiel Luciano á sus deberes, continuaba impertérrito dando pesca al cangrejo abandonado por la señorita Berard.

Cuando, despues de una lucha tenaz, le hubo vencido y encerrado en la cesta de mimbres, buscó con la vista á su colaboradora de pesca.

En aquel momento Diana salia de la gruta-tocador de todas aquellas damas, y avanzaba por la arena, lijera y sonriente, artísticamente remangado el vestido, y las piernas desnudas.

Luciano, que ni por asomo esperaba tal espectáculo, sintió como un vértigo.

La resolucion tomada por la señora Desvignes y adoptada por sus compañeras, habia animado de improviso la playa de un modo pintoresco.

Aquellos lindos piés blancos, aquellas piernas delgadas ó regordetas que corrian de acá para allá, salpicadas de finísima arena cuyas plateadas lentejuelas brillaban al sol, producian un efecto encantador.

Un artista, un pintor, seducido por semejante espectáculo, hubiérase tendido sobre la playa, á fin de apreciar todas sus líneas y admirar sus contornos todos.

Pero ¿qué le importaba á Luciano el conjunto del cuadro!

Solo tenia ojos para un rincon del mismo, uno solo.

Para él no existia mas que un punto luminoso; todo el resto se anegaba en la sombra.

Y no era ya á la señorita Berard lo que él admiraba.

Ya no se inquietaba ni de su lindo talle, ni de su busto elegante, ni de su espresiva testa.

Sus miradas parecian adheridas únicamente al nuevo descubrimiento que acaba de hacer.

Analizaba con amor aquel pié de correcto dibujo, un tanto moreno por demasiado prolongados baños de mar, aquellas pequeñas uñas rosadas, cuidadosamente recortadas, aquel empeine torneado, aquel talon firme y redondeado, aquel tobillo de admirable relieve.

Despues, sus ojos fijábanse á mayores alturas y se estasiaban



contemplando la delgadez y al mismo tiempo la fuerza de las gargantas, la elegancia de la pantorrilla que iba redondeándose por grados, adquiriendo en el sitio deseado una voluptuosa gordura sabiendo ser á la vez musculosa y elástica.

Mientras se dedicaba el á este estudio, un rayo de sol, retozon sobre aquella esquisita pierna, hacia resaltar el rubicundo vello que la cubria y ponía en evidencia una deliciosa peca colocada en el arranque del jarrete.

Los bañistas del Pouliguen tuvieron ocasion de felicitarle por haber seguido los consejos del muchacho pescador.

En el aguazal designado por éste proveyéronse de magníficos cangrejos, desconocidos en cualquiera otra playa.

Tan afortunada fue la pesca, que la comitiva se distrajo hasta el extremo de verse sorprendida por la marea.

La *capitana* de carabineros encargada de guardar las botitas, las medias y las ligas abandonadas en la gruta, habiéndose alejado de su apostadero, y aventurándose por la playa, fue de repente azotada por el flujo y empapada hasta la cintura.

Desvignes y Closel, testigos de tal desastre, despues de haber reído hasta el punto de saltárseles las lágrimas, fueron á prodigar, gravemente, sus consuelos á la náufraga, y á aconsejarla que se quitara las mojadas vestiduras, para dejarlas secar sobre la arena.

Negóse la *capitana* á ello en absoluto y se embozó de nuevo en su dignidad.

Sin embargo como ésta no bastaba á hacerla entrar en calor túvose la caridad de anticipar la partida.

Despues de haber disfrutado, durante todo el regreso, de una magnífica puesta de sol, la jovial comitiva entró á eso de las ocho en el Pouliguen, fatigada aunque encantada de su escurcion.

Así, poco á poco, la curiosidad de Luciano iba satisfaciéndose.

El círculo de sus conocimientos se agrandaba, y adelantaba nuevos pasos en los dominios de la ciencia.

Pero se parecia á esos valerosos exploradores del África central, que, vueltos de un penoso viaje, no piensan, á pesar de los peligros corridos, mas que en hacer otro nuevo, ni alimentan mas pensamiento que el de marchar de descubrimiento en descubrimiento y se niegan el derecho de detenerse mientras exista un solo punto para explorar en la comarca que se han impuesto la mision de conocer, volvíase cada dia mas celoso del saber de Desvignes y de Closel.

¿No le decia cada uno de sus nuevos descubrimientos, cuán favorecidos habian sido aquellos señores por el azar y cuanto placer no habian debido encontrar en los estudios completos que les fue permitido hacer?

Este ardiente deseo de perfeccionarse y de igualar en ciencia á los mas sábios, acabó por pasar á ser un estado morboso.

Preguntábase sin cesar si el hado no le favorecia á su vez, como habia favorecido á sus rivales.

Nervioso, inquieto, agitado, acontecíale pasearse por la noche en las rocas testigo del misterioso baño.

Pero la mujer de fuego no se bañaba ya despues de puesto el sol, y por otra parte, la mar es raras veces fosforescente en aquellos lugares.

Desesperábase Luciano, y su idea fija le encaminaba insensiblemente á la locura, cuando fue salvado, gracias á una repentina inspiracion, seguida de una tentativa de las mas culpables, sobre todo de parte de un grave magistrado, pero digna tal vez de excusa si se atiende al grado de exasperacion enfermiza á que el infeliz habia llegado.

Una mañana hirió sus oídos la voz irritada y ágría de la *capitana* de carabineros:

—Es una infamia, decia, voy á dar parte al alcalde y al guarda campos. Hasta á los Tribunales llevaré la cosa si es preciso.



—¿Pero, qué ocurre, señora? preguntó Closel que paseaba por allá, como al azar, y aproximándose seguido de varias personas.

—Ocurre, caballero, que han intentado introducirse, con fractura, en mi barraca de baño.

—¡Ah! ¡Dios mio! exclamó aquel con imperturbable aplomo y ¿qué momento han elegido, señora, para cometer tal atentado?

—El momento... caballero... el momento en... el momento... en fin... en que salía yo del baño é iba á vestirme.

—Muy bien, continuó Closel siempre inalterable; muy bien! Es decir que acababais de dejar caer á vuestros piés el traje de baño! Momento oportuno!

—¡Cómo, oportuno, caballero! exclamó ella furibunda.

—Oportuno, si, como la hora de media noche lo es para los ladrones, señora. Todo en este mundo es relativo. Lo que es un momento malo para la víctima, es bueno para el culpable. ¿Presumo que le habreis hecho arrestar?

—Si no le conozco!

—¿Será tal vez un nuevo forastero?

—¡Qué sé yo!

—Sin embárgo, si vos no lo habeis conocido, señora, por fuerza debe ser un forastero nuevo.

—¡Si no podia reconocerle!

—¿Iba quizá enmascarado, el bribon?

—No señor, no tal. Parece que lo haceis adrede; os digo que no le he visto.

—¡Se ha introducido en vuestra barraca, y no le habeis visto! ¡vaya! esa no cuela. Apelo al testimonio de las personas que nos rodean.

—Me habeis comprendido mal, repuso ella, perturbada por la especie de interrogatorio que Closel se divertía en hacerle sufrir. No es el quien se ha introducido en mi barraca; su mirada...

su obscena mirada... es la que he sentido cernerse sobre mí...

—Tal el ojo del gavilán se cierne sobre la tierna paloma, dijo una voz.

Era Desvignes, que venía también á tomar parte en la escena. Closel, con una seriedad de hombre de bien, continuó:

—Señora, lo que acabais de decir es grave, sobremanera grave. Como secretario del señor Prefecto del Loire-Inferior, tengo, en ausencia de mi jefe, que cumplir mi deber: el de velar por la seguridad y el bienestar del país cuya administracion nos está confiada. Servios formular en debida forma vuestra acusacion y proveeré, previa consulta con el señor sustituto de Procurador imperial, añadiendo volviéndose hácia Luciano quien, no queriendo comprometerse, se limitó á contestar con una sonrisa.

—¡Dios mio! ¡caballero! ¡ya he formulado! dijo la capitana de carabineros, mas y mas apurada por las proporciones solemnes que el asunto amenazaba tomar.

—Formulemos mas, señora, formulemos mas. Una mirada se cernía sobre vos. ¿Cuál era esa mirada? ¿Qué hacia esa mirada? ¿De dó venía esa mirada?

—Venía de la cabaña contigua. Habian practicado un agujero con una barrena... y...

—Basta, señora; comprendo. Vuestro pudor no puede padecer mas. Me encargo de este asunto. Veré al guarda-bosque luego, avisaré al señor Prefecto, y si es preciso á su excelencia el señor Ministro del Interior. Adios, señora.

Dicho esto saludó respetuosamente, tomó el brazo de Desvignes y se alejó, en tanto que la capitana de carabineros se preguntaba con ansiedad si las hablillas que iban á circular por su cuenta no comprometerian á su marido.

«Quizá valdria mas echar tierra sobre al asunto, decia para sí: el celo de ese jóven secretario va á llevar la cosa demasiado lejos.»



Esta aventura costó, durante dos dias, el gasto de las conversaciones de los bañistas de uno y otro sexo del Pouliguen.

Riéronse á cajas destempladas de la *capitana* que á nadie merecia simpatías.

«Es inverosímil, decian, que álguien haya intentado contemplar sus formas.

«No se espone uno gustosa y voluntariamente á semejante espectáculo.

«Si alguno hubiese cometido tamaña imprudencia, de seguro que le habrian encontrado en su barraca desmayado de horror.»

—Tal vez, insinuaba un bañista, tal vez haya inventado esa historia para llamar la atencion.

—¡Quiá! replicó otro mas indulgente, la *capitana* es incapaz de inventar cosa alguna. El hombre de la barraca se habrá buenamente equivocado; creeria ocupada la barraca por otra bañista.

—¡Pobre chico! clamaban todos á una vez ¡no han debido ser pocos su asombro y su espanto!

Pronto ya nadie se acordó de tal bromita.

Unicamente pensaba en ella Luciano de vez en cuando.

Confesábase que, en efecto, gracias á una rendija hábil en el tabique, seria facilísimo ver, de una barraca lo que pasara dentro de la contigua.

Tratábase tan solo de practicar la abertura de antemano, lo mas misteriosamente posible, y tener cuidado de colarse en la barraca vecina á la que se deseaba escudriñar.

Empero esta idea no tuvo al principio el menor arraigo en su mente; emitíala del modo mas vago y general.

«Un adolescente, sin posicion en el mundo, podria cometer alguna indiscrecion de este género, reconocia Luciano; pero un hombre que se respete no sabria, só pena de decaer á sus propios ojos, hacerse culpable de accion tal.»

Algunos dias despues, la idea era menos vaga.

Tomaba cuerpo y se enunciaba de la manera siguiente:

«¿No es una falta de delicadeza, un delito, el sorprender los secretos mas recónditos de una mujer? Jamás, ¡oh! jamás cederé yo á esa tentacion. Ningun derecho me ha dado la señorita Berard para faltarle hasta este punto al respeto.»

Pero, lo repetimos.

Desde hacia un mes casi, la imaginacion de Luciano de Aubier se hallaba sobrecitada de la mas peligrosa manera.

Los celos que le inspiraban Desvignes y Closel aumentaban, por momentos, en intensidad.

Era presa de la fiebre de lo desconocido, y llegaba al estremo de figurarse, formalmente, que se veria curado el dia en que hubiese satisfecho aquella imperiosa necesidad de ver y conocer á lo que le tenia subyugado.

«No la amo, se decia; he sido sencillamente fascinado, deslumbrado por su belleza.

«He obedecido á una impresion puramente física, que se desvanecerá por completo el dia en que abandonaré el Pouliguen.

«Pero tal vez seria mas duradera si yo no cediese al capricho que me asedia, á la necesidad que me devora de no tener nada que envidiar á mis dos rivales.»

Largo tiempo resistió.

Finalmente, una noche sombría, deslizóse tímido en la barraca contigua á la de la señorita Berard, y permaneció en ella algunos minutos.

A la mañana siguiente, á la hora del baño, en el momento en que la bella Diana, despues de haberse entregado á sus habituales retozos en la mar, regresaba á la playa, Luciano entró, só pretesto de desnudarse, en la barraca de la víspera.

Cuidó de cerrarla hérmicamente, á fin de convertirla en una verdadera cámara oscura, y luego apostóse sin mas tardar en su observatorio.



Pronto abrióse la puerta de la cabaña vecina...

Apareció la señorita Berard y, tiritando, despojóse de su traje de baño, sentóse sobre una silla y tomó inocentemente su baño de piés, sin sospechar la atención de que era objeto.

Algunos rayos de sol, penetrando á través de las tablas mal unidas de su barraca, la iluminaban de lleno y parecían favorecer á Luciano.

Inmóvil, y reteniendo el aliento, este se abismaba en una larga y muda contemplación.

Cuando Diana se vistió, siguióla todavía con la mirada, y, á cada vez que una vestidura importuna venia á robarle un rincón de aquel cuerpo maravilloso, su atención fijábase en otro detalle y se absorbía en una admiración parcial.

A los pocos días de esta calaverada, terminada su licencia, púsose Luciano en camino para Nantes, en compañía de su madre y de la señorita de Rioux y su tío, que también regresaban á la ciudad.

Luciano d'Aubier no tardó en conocer, á sus espensas, que tan peligroso es jugar con la imaginación y los sentidos como con el corazón, y que el amor de cabeza no cede en violencia al otro amor.

Creíase fuerte porque pensaba no amar, en el sentido ordinario de la palabra.

Si junto á la señorita Berard experimentaba violentas emociones, no le inspiraba ésta ninguno de esos sentimientos dulces y tiernos inherentes, según dicen, el amor verdadero.

La admiraba, no la amaba.

Diana obraba mucho más sobre sus nervios, que sobre su corazón.

Engreído con este descubrimiento, seguro de triunfar, en un momento dado, de lo que él llamaba un capricho, ó una simple curiosidad, habíase paulatinamente dejado arrastrar á extravíos sensibles, á peligrosos desórdenes.

Pagárase de frases; no debía tardar en conocer su trascendencia.

¡Capricho! ¡sea!

Pero un capricho no satisfecho puede adquirir las proporciones de una pasión.

¡Curiosidad! ¡convenido!

Pero una curiosidad que insensiblemente había llevado al sustituto á portarse como un verdadero colegial, á introducirse de *visu* en el gabinete tocador de una mujer, á permitirse una especie de violación de domicilio, tal curiosidad, repetimos, era por demás mal sana, para no arrastrar en pos de sí alguna perturbación moral.

¿No sufría ya él la pena de su indiscreción?

Lo que el azar había enseñado á Desvignes y á Clorel, Luciano había querido aprenderlo á su vez.

Celoso de los conocimientos adquiridos por ellos, habíase decidido á instruirse también, y á sobrepajarles en saber.

Consigúéralo.

Junto á él aquellos señores no pasaban de ser míseros ignorantes, simples bachilleres en presencia de un doctor en derecho.

Desde la cima de una roca, y á pesar de la fosforescencia del mar, aquellos solo habían podido hacer estudios incompletos.

Los suyos habían sido más acabados.

Aquellos, evidentemente, no habían hecho más que fijarse en las grandes líneas.

Él, por su parte, había seguido todos los contornos, analizado los detalles todos, y penetrádose de su estudio.

¿Estaba más adelantado?

¿Su incontestable superioridad sobre sus rivales le causaba un gran bienestar?

Sus estudios estaban terminados; su educación acabada.



Tenia su diploma.

No podía sentir ya celos de nadie, y debía encontrarse tranquilo, reposado, recojido.

No era así, sin embargo.

Jamás sus nervios habian estado tan sobrescitados.

Jamás sus deseos habian sido mas ardientes.

Nunca se habia sentido menos dueño de sí, mas inquieto, ni mas torturado.

Y es que, si bien el estudio proporciona inefables satisfacciones, no deja de tener tambien sus peligros.

Menester es una alma de fuerte temple para soportar el peso de ciertos conocimientos, y nunca hay que fiar ciegamente en el árbol de la ciencia; pues á menudo sus frutos son por demás amargos.

Desde que *sabia*, desde que *habia visto*, Luciano sentia nuevas aspiraciones; nuevas ambiciones.

Cuando los grandes navegantes, los exploradores intrépidos de que hemos hablado, descubren una nueva region ¿creen terminada su tarea, y les es dado gozar del fruto de su trabajo?

Nó, en verdad.

Esos mártires no descansarán hasta el dia en que, en nombre de su Gobierno, vengan á tomar posesion de la region descubierta.

Como ellos, no creia Luciano terminada su tarea.

Las comarcas que le habia sido dado contemplar, le parecieron demasiado maravillosas para que no intentase tomar de ellas plena posesion.

Sus recuerdos perseguíanle sin cesar, y el trabajo, á que habia vuelto á consagrarse con ardor desde su vuelta á Nantes, no le servia de nada.

En su gabinete, en la calle, en la Audiencia, la mujer de fuego surgia de improviso ante él, nó tal como la habia visto

durante un mes, en traje de paseo, en traje de baile, ó en traje de baño, sino como la vislumbrara una vez sola; la última!

Y sin embargo, su razon luchaba siempre.

Sufria como un niño, y raciocinaba como un hombre.

No en vano el individuo ha sido educado religiosamente, no en vano una familia honrada le ha mostrado el sendero de la virtud, no en vano una madre vigilante ha velado sus primeros pasos y le ha adormecido con sus santos consejos.

El ejercicio de ciertas funciones engrandece tambien al que las desempeña, y le pone al abrigo de toda decadencia moral.

Luciano reflexionaba:

«No debe uno casarse, no debe uno elejir para madre de sus hijos á la mujer que, en vez de inspirarle dulces sentimientos solo irritacion, malestar y sufrimiento le causa.

«El matrimonio debe unir á dos corazones.

«Indigno fuera hacerle servir á la legitimacion de dos caprichos.

«El hombre cuerdo debe tomar por esposa á una amiga, á una compañera, y no á una querida, pues esta no le dejaria ni libertad de espíritu, ni libertad de accion.»

Así pues, aunque la señorita Berard habia regresado á la ciudad, evitaba Luciano el verla.

Huía de las casas donde hubiera podido encontrarla.

Encerrábase, por miedo de que el azar no le colocara en su presencia.

¡Tarea inútil!

Diana, que no tenia el menor motivo para evitarle, y á quien tal vez su silencio hacia sufrir, le obligó pronto á romperlo.

Un dia hizo que su padre le escribiera, recordándole que iba á celebrarse en la Audiencia la visita de un proceso criminal, y pidiéndole los pases ofrecidos en otro tiempo y que debian permitirles asistir á los debates de la nueva sesion.

No creyó deber negarse Luciano; y como quiera que acaba-



ba de ser nombrado para informar en la mayor parte de *vistas*, espúsose de esta suerte á encontrarse repetidas veces en presencia de la que queria evitar.

Por lo demás, nunca habia estado mas elocuente que durante estas *vistas*.

La presencia de la señorita Berard, lejos de distraerle y preocuparle, le estimuló y le dió una energía, una perspicacia y una facilidad de palabra que perdiera desde su mes de vacaciones.

Ganó todas estas causas; es decir que, desempeñando las funciones de ministerio público, de mandatario de la ley, hizo condenar por los jueces á todos los acusados contra los que informó.

Solo uno fue absuelto, porque en vez de acusarle, le defendió.

Hed aquí por qué circunstancias.

Tratábase de un robo cometido contra una mujer y acompañado de violencia y lesiones.

La causa parecia deber ser como las precedentes (falsificación ó abuso de confianza), de aquellas á que todo el mundo puede asistir.

Jamás pues hubiérasele ocurrido al presidente invitar á las señoras honestas á que se retiraran.

No tardaron, empero, los debates en tomar un sesgo inesperado.

El acusado, individuo de veinte y cinco años de edad, mozo de labranza en Savenay, muy abatido desde su arresto, y que, ante el juez instructor habíase negado á contestar, levantóse de improviso clamando que era víctima de una calumnia y de una venganza.

Sostuvo enérgicamente no haber jamás pensado en robar á la que le acusaba.

Dijo que la amaba locamente y que queria casarse con ella.

Que ella se negaba y que, sin embargo, por coquetería, no cesaba de irritar su amor y de exaltarle hasta el delirio.

Un dia, trastornada su razon, habia intentado violarla, y ella se vengaba acusándole de robo.

El ministerio público, en la persona de Luciano d'Aubier, hizo observar que esta tardía declaracion era inverosímil; mantuvo la acusacion tal como la habia formulado y pidió un severo castigo.

El abogado del acusado, un jóven *stagiaro*, orador de clubs, mas ducho en política que en derecho, defendió torpemente su causa y no supo sacar partido del incidente de audiencia que se le habia presentado.

Acababa de sentarse, y el Presidente se disponia á resumir los debates, cuando Luciano anunció su intencion de replicar al defensor.

Los jueces, los abogados, los jurados, los testigos, miráronse unos á otros con asombro.

¡Replicar! y ¿á qué? ¡gran Dios!

¡A un tan detestable informe!

Aquello en verdad era demasiado celo, era casi encarnizarse contra el inculpado.

No le bastaba, pues, al mísero, el haber sido tan pésimamente defendido, érale menester todavía sufrir nuevos golpes.

Luciano tomó la palabra, é hizo una de aquellas improvisaciones espléndidas, de que todavía Nantes conserva recuerdo.

Fingiéndose habilidosamente no abandonar la acusacion, y continuar desempeñando su ministerio, desarrolló en favor del reo todos los puntos que su abogado dejara de hacer valer, y defendió la causa del desventurado culpable con pasion y calor extraordinarios.

«Bien sé, decia, lo que el defensor pudiera contestarme.

«Este hombre, hubiera dicho, de conducta irreprochable hasta entonces, no puede haber robado.